

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se hacen cálculos y se emiten conjeturas acerca de lo que puede durar todavía lo que ya nadie llama «conflagración», porque el vocablo se ha gastado a fuerza de uso, obsérvese la impresión general de que, como dijo el cura tartamudo al ver que su acólito era tartamudo también, «tenemos misa para un año».

¡Y para más de un año!, afirman los mejor enterados de estas cosas. Por lo que aparece al exterior, para los que ni estamos en los altos secretos, ni conocemos sino para servirlos a los jefes de los Estados que se dedican a romperse la crisma concienzudamente, este es un problema de tiempo, de agotamiento, de cansancio. Y el cansancio no se deja ver por ninguna parte. Se acabaron aquellos antiguos fenómenos de desaliento y descontento en las tropas. Mueren como moscas si es preciso — y es preciso muy a menudo — pero conservan el aliento, el ánimo, el sosiego ante las más horribles hecatombes. De modo que hay que descartar del cálculo de probabilidades la idea de un desfallecimiento de la voluntad en los ejércitos. Dijérase que hacen esta guerra hombres de cemento armado, que no pueden sentir las debilidades y flaquezas que a veces sintieron los más heroicos.

Se solía decir que nuestra época había descendido en templo de alma; que los héroes eran productos de otros tiempos y días. Y yo creo, y la historia lo consignará también, que nunca se ha desplegado tanta fuerza psíquica, tanto empuje moral, además del material, como en esta lucha. La humanidad, es mi humilde opinión, saldrá de ella engrandecida y fortificada, y todo aquello de la molice, del bizantinismo, del «fin de siglo», de las «menguadas edades», quedará desmentido del modo más brillante, y también, ¡ay! más doloroso.

A costa de qué sufrimientos y sacrificios se han erigido en «profesores de energía» los varones, y hasta las hembras, de este momento cruel, eso no lo sabemos todavía; pero ya llegará la hora de que se sepa y se recuente y sea asombro de las venideras generaciones. Y parecerán increíbles tantos dolores, tanta ruina y estrago, y más increíble aun tanto aguante, o que, por lo menos, la queja haya sido como algo aislado y sordo — excepto tal vez por lo que a Bélgica se refiere —.

Y aun Bélgica no ha exagerado sus males; pero, en medio de la deshumanización general, de la férrea impassibilidad de otros pueblos, ha parecido la única planidera. Ha hecho Bélgica algo que encuentro natural: ha querido siquiera ser compadecida: ha preguntado cuál fué su delito, para castigo tan duro. Y como los demás no preguntan y se encierran en una flemia estoica, por eso he dicho que Bélgica se diferencia del resto de los que danzan en la lucha.

Bien puede afirmarse que la doctrina del estoicismo, antigua como el mundo en la práctica, aun cuando no lo sea en las analectas filosóficas, es la que hoy anima y sostiene a las masas de hombres que no han oído ni nombrar a los estoicos griegos. El resorte interior que, según algunos moralistas, ha sostenido al mundo, y le ha hecho caminar, el estoicismo, ha revelado, en estos años verdaderamente trágicos, su vigor.

El estoico, es decir, el que aplicaba la doctrina además de profesarla, era sin duda superior a los acontecimientos, a las miserias, a las limitaciones de la humana vida. Sin sospecha de tal sistema filosófico, el indio amarrado al poste de la tortura y soportando silencioso y arrogante los martirios más refinados, fué sin duda un estoico práctico, y no solamente lo fué, sino que lo fué con orgullo, porque el estoicismo se enseñaba como una virtud y excelencia del guerrero, y era acaso más hermoso sufrir despreciando el dolor, que combatir y vencer.

Por eso hubo quien confundió a los primeros cristianos con los estoicos, y los creyó afiliados a esa secta. Aquella increíble resistencia para sufrir, aquella paciencia inagotable, se la atribuían a las enseñanzas de Zenón de Chipre, sin ver las grandes

diferencias que existen entre ambas doctrinas. Mientras Jesús, en medio de un sudor de sangre, acepta la muerte ignominiosa y fiera por redimir a los humanos, Zenón, fundador del estoicismo, llegado a la vejez, se suicida por considerarse inútil a sí mismo y a los demás.

A falta, sin embargo, de la superior concepción del cristianismo, el estoicismo, y bien lo vemos ahora en la práctica, puede dar a la humanidad un temple de acero. Con el cristianismo llevado a sus últimas consecuencias, no hubiese habido guerras tan atroces; con el estoicismo, que se ha erigido en dogma, sépanlo o no los combatientes, la guerra, por lo menos, está revestida de una gran dignidad.

Sería curioso consultar acerca de este conflicto sin ejemplo ni precedentes a un estoico pensador, como el emperador Marco Aurelio. ¿Qué diría? No podría aconsejar la calma, la serenidad absoluta frente a los acontecimientos, porque vería, tal vez con asombro, aplicada ya esta doctrina, por doquier, donde los ejércitos han sentado, no sus reales, sino sus trincheras. Vería una calma tan profunda, que casi llega a ser incomprensible. Calma ante las privaciones; ante el frío; ante la miseria; ante la vida sin hogar, sin dulzura, sin amor; calma ante las heridas espantosas, las mutilaciones bárbaras, las enfermedades que debilitan el cuerpo, los proyectiles que explotan, los gases que asfixian, las aeronaves que siembran destrucción, la falta absoluta de libertad, la sujeción estricta a la disciplina, la incomodidad; calma ante el incendio, ante la pérdida de la casa que amábamos y que atesoraba los recuerdos de los antepasados y los propios; calma ante la iglesia donde se rezaba y que es pasto del fuego; calma ante la ciudad arruinada, devastada, convertida en montón de cenizas; calma ante la desaparición inexplicable «sin huellas» de seres queridos, de los cuales no se vuelve a tener noticia; calma ante las lágrimas de las madres, ante la idea de los hijos abandonados...; calma, en fin, ante la hipótesis de una derrota final, una de las contingencias del porvenir. Y cuanto se hace y cuanto sucede, lleva el grave sello de esa misma calma: en calma se hunden los navíos, en calma se amontonan ingentes moles de cadáveres. No se escucha ese furioso y hondo griterío de las muchedumbres enloquecidas de terror; no por cierto. Lo que se oye y ve, es la frialdad, tesón, resolución, voluntaria y recia, no desesperada. Lo que se ve, es la tensión estoica.

Y no lo digo sólo por una o dos de las naciones en lucha. Todas, con las diferencias más externas que hondas de su temperamento nacional, muestran esta misma firme determinación de agotar el esfuerzo sin decaer un minuto. Y eso es lo que no permite, ni aun como conjetura adelantada acerca del resultado de la guerra europea... ¡Nada!

Y nosotros, que por bondad divina no estamos enzarzados hasta hoy con nadie, sino con los moritos, a quienes de vez en cuando hay que machacar las liendres (y que no son, por cierto, enemigos despreciables, aunque no se presenten con aparato bélico todos los días, o acaso por lo mismo, por lo crónico y traicionero de su resistencia) nosotros, digo, que miramos los toros de Europa desde la barrera, quizás seamos los únicos que ante la tragedia interminable sentimos impaciencias y terrores y diéramos más de un doblón, no por *describilla*, sino por verla terminada.

Sus consecuencias no cejan de afectarnos. La herida económica, también nosotros la sentimos. Verdad que hay quien se enriquece por la guerra; pero más serán los que se arruinen. La teoría de aquel emperador de quien hablé hace un momento, Marco Aurelio el estoico, que afirmaba que toda acción humana tenía transcendencia para todos los hombres, se demuestra con el hecho de que ciudades españolas enteras vean aniquilado su comercio, enfermas sus modestas industrias, porque las grandes naciones anden a la greña.

Oís repetir, a cada paso: «El pueblo de tal está muerto... La ciudad de cual está sin vida... No hay quien monte una industria... Se ha paralizado todo...» ¿A qué atribuirlo? A la guerra, por lo menos en gran parte, tiene que ser.

Carestía en los artículos, algunos de primera necesidad; amén de carestía, escasez, y hasta falta absoluta; retraimiento en los compradores — y no el que pudiera suponer — dadas las circunstancias, pues se sigue gastando alegremente en muchos conceptos, y no se ha exagerado esa economía que es como medida preventiva en las horas críticas... Tal es la situación poco halagüeña a que la guerra, con su prolongación, nos ha conducido.

Y no quiero ni mentar las alarmas que, periódicamente, nos obligan a enderezar la oreja...

He tenido ocasión de notarlo varias veces: no por eso disminuye el buen humor; sí, el buen humor. En un gráfico acabo de ver cómo los soldados franceses, en la región de Verdún, fusil al hombro, de pie, asisten a una representación teatral, al aire libre, organizada por ellos mismos. Y a fe que hacen bien los jefes en permitirles estos solaces. En la guerra de Cuba, los hombres que formaban una columna necesitaban, si eran de ciertas regiones españolas, llevar guitarras. Al rasguelas, en los improvisados campamentos, recobran el buen humor, la canción subía a sus labios, y ni se acordaban de las fatigas ni de las escaseces ni mucho menos de los peligros. El tedio es una enfermedad del espíritu, y al espíritu hay que conservarlo sano y animoso, a toda costa, en estos casos extremos.

Tan necesaria como la ambulancia y el botiquín, y tratándose de españoles, raza muy impresionable, es la guitarra. A otros pueblos les hace falta su gaita guerrera, e Inglaterra no se la ha negado jamás a sus tropas de Escocia, que la miran como a un numen.

Hay que respetar el alma de los pueblos; no hay que oprimirla demasiado, ¡porque estallará! Ved, por ejemplo a Irlanda. Yo he escuchado decir (¡qué será lo que no se diga en este mundo!) al emitirse la hipótesis de que un pueblo fuerte se apoderase, por violencia o engaño, de algunas regiones hermosas que son adorno de España, que no debiera temerse la contingencia, ya que entonces esas regiones estarían mejor gobernadas, atendidas, y ganarían infinito con su servidumbre anexional. Irlanda pudo pensar lo mismo, pero es evidente que sólo aspira a su independencia, que no ha aceptado ni un instante la adhesión. Su lucha por la libertad patriótica y religiosa es bien antigua, y no hay que decir si encarnizada; sus padecimientos, horribles; la *Isa verde* ha sido siempre un pueblo mártir. Desde las proscipciones del siglo XVIII, Irlanda sostiene una pelea incesante; un ansia de independencia la tortura. En vano Inglaterra ahoga en sangre los conatos de rebelión, que muchas veces han pasado de conatos y llegado a las proporciones formidables de un alzamiento general, como en la memorable ocasión de los «corazones de roble»; en vano Inglaterra emplea tan pronto el soborno como la horca, para someter a los «niños blancos» que no acaban de aceptar el yugo. Después de las recientes e implacables ejecuciones, siguen alzándose los irlandeses en armas, acudiendo en ayuda de sus hermanos presos, amenazando a los trenes, y manteniendo en Inglaterra la inquietud que causa todo desorden interior cuando existe guerra al exterior.

Yo no sé si les pasará a los demás lo que me pasa a mí. En esta contienda, que no es de dos naciones, sino de muchas, hay, en ambos bandos, pueblos que me interesan, y a los cuales desearía todo bien. Tal me sucede, desde luego, con Francia de la cual soy grande amiga, y tal con Bélgica; y hasta aquí no hay cuestión; pero cátese aquí que lo mismo me ocurre con Irlanda y Polonia, y aquí empezamos a no saber a qué carta quedarnos. Si triunfa Inglaterra, ¡ay de la misera Hibernia! ¡Dios sabe lo que la amenaza, en caso de que el formidable poder inglés se afirme ya indestructiblemente en el planeta, por la victoria de los aliados!

Lo extraño sería que, luchando tantas naciones, nos inspirasen todas las de un bando igual simpatía. Doy el caso por imposible. El novelista que, bajo el seudónimo, o que seudónimo parece, de Capitán Danrit, escribió *La Guerra fatal*, la supuso estallando entre Inglaterra y Francia. Y no sería imposible ni raro que tal hubiese sido la marcha de los acontecimientos. Tomaron otro giro, e Inglaterra (con su cuenta y razón, por supuesto) se alió a Francia.

Ello es que los irlandeses me inspiran una simpatía que puede explicarse por la identidad de creencias y hasta las afinidades raciales. Erin se parece a Galicia, y sus primitivos pobladores, según la afirmación de sus bardos, de España vinieron.

Y pienso en esa *Isa verde*, condenada al llanto y a la opresión, desde siglos...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.